AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 16.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales,
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Chaqueta de cachemira blanca. —Velo de butaca, labor al crochet.—Dibujo de sobrepuesto para cortina. — Cartera para tarjetas.— Entredos al crochet. —Esquina de pañuelo—Algunos tocados de aldeanas alemanas.—La cruz del valle. — Camino de la aldea. — Tributo de lágrimas.—El homicida. — La campana de la Almudaina. — *Despedida del Señor* Palarea.

Chaqueta de cachemira blanca.

Todavía y siempre chaquetas! El modelo que publicamos hoy se hace de cachemira blanca, se forra de florencia blanca y se borda ricamente con trencilla negra; la chaqueta es corta, redondeada por delante, entreabierta sobre una camiseta de nansouk, y lleva faldeta por detrás; la manga, bastante estrecha, se compone de dos partes: la cara de debajo está recortada en puntas ribeteadas con un galon bastante ancho de seda negra; cada punta se une á la cara de encima por medio de un boton blanco y negro de pasamanería; las costuras de la espalda y el contorno de la chaqueta se guarnecen con el mismo galon.

Velo de butaca (labor al crochet).

MATERIALES.—Algodon Bresson ó hilo de lino mas ó menos fino.

Este dibujo se compone de medallones ovalados y de rosetas redondas, que se ejecutan por separado, reuniéndose despues por algunos puntos.

Medallon.— Se hace una cadeneta de 13 puntos.

1.ª *vuelta.*—Se pasa el último punto de la cadeneta, y se vuelve sobre esta haciendo 12 puntos sencillos, esto es, un punto en cada punto; las otras vueltas se hacen sobre los contornos de esta especie de vena, pero no en espiral; son todas cerradas, es decir, que su último punto se liga siempre al 1.º

2.ª *vuelta.* — En el punto mas próximo se hacen 2 bridas, la 1.ª formada por tres puntos en el aire. Estas 2 bridas representan una de las puntas del óvalo; 3 puntos en el aire,—2 bridas en los 2 puntos mas pró-

CHAQUETA DE CACHEMIRA BLANCA, VISTA POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

ximos de la vuelta anterior,—* 3 puntos en el aire por debajo de los cuales se pasa un punto,—una brida en cada uno de los 2 puntos que siguen al que se pasó.—Vuélvase á empezar 3 veces desde *. —3 puntos en el aire,—2 bridas formando la otra punta del óvalo, y hechas en el punto de la cadeneta pasado en la 1.ª vuelta. En el otro lado de la vena se repite lo que se acaba de indicar para este primero; se termina la vuelta de modo que las bridas de las puntas aparezcan iguales, y que se cuenten doce veces 2 bridas al rededor de la vena (véase el dibujo).

3. *vuelta.*—Un punto sencillo montado en el medio de los 3 en el aire de la vuelta anterior;—entre cada punto sencillo 5 en el aire,—así para toda la vuelta.

4. *vuelta.*—* Un punto sencillo en el mas próximo de la vuelta anterior,—3 en el aire,—3 bridas en el punto del medio de los 5 en el aire de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire.—Vuélvase siempre desde *.

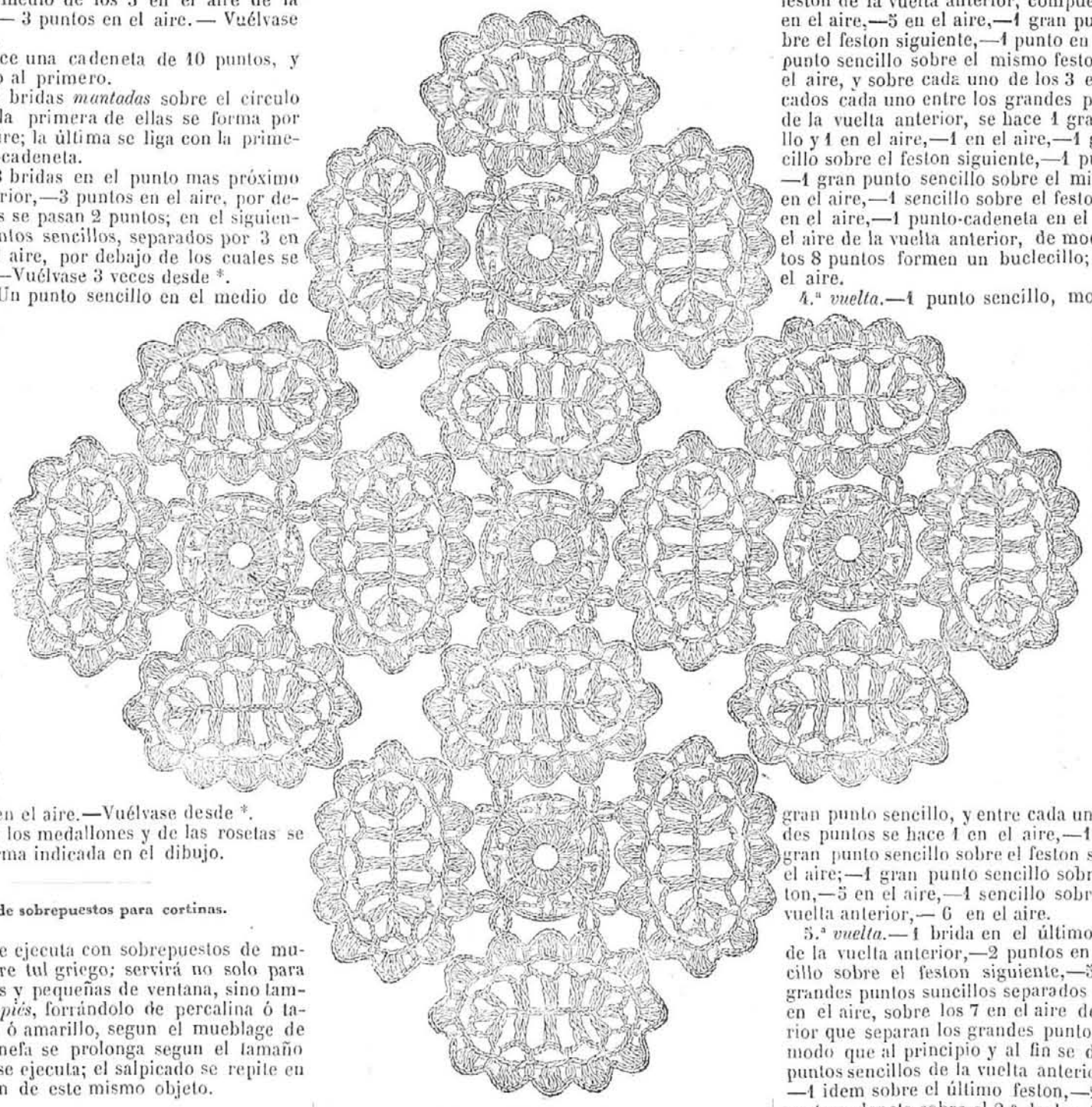
Roseta.—Se hace una cadeneta de 10 puntos, y se une el último al primero.

1. *vuelta.*—24 bridas *montadas* sobre el círculo de la cadeneta; la primera de ellas se forma por 3 puntos en el aire; la última se liga con la primera por un punto-cadeneta.

2. *vuelta.*—* 3 bridas en el punto mas próximo de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos; en el siguiente se hacen 2 puntos sencillos, separados por 3 en el aire,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos.—Vuélvase 3 veces desde *.

3. *vuelta.*—* Un punto sencillo en el medio de las 3 bridas de la vuelta anterior; 7 en el aire,—2 sencillos separados por 7 en el aire, colocados en el mismo punto del medio de las 3 bridas de la vuelta anterior, sobre la cual se ha hecho ya el primer punto de esta 3. vuelta, de modo que sobre este punto se han hecho 2 buclecillos,—5 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio de los 3 en el aire que se encuentran entre 2 sencillos de la vuelta anterior,—5 en el aire.—Vuélvase desde *.

La reunion de los medallones y de las rosetas se verifica en la forma indicada en el dibujo.



VELO DE BUTACA, AL CROCHET.

Dibujo de sobrepuestos para cortinas.

Este dibujo se ejecuta con sobrepuestos de muselina clara sobre tul griego; servirá no solo para cortinas grandes y pequeñas de ventana, sino tambien para *cubre-pies*, forrándolo de percalina ó tafetan rosa, azul ó amarillo, segun el mueblage de la alcoba. La cenefa se prolonga segun el tamaño del objeto que se ejecuta; el salpicado se repite en toda la extension de este mismo objeto.

Cartera para tarjetas.

MATERIALES.—Moaré antique verde claro; cuentas rubís en forma de aceitunas; cuentas del n. 5, negras, acero, azulado de acero, plata; canutillos de diversas formas; felpilla fina color rubí, y verde de diferentes puntos de color; torzal de seda rubí.

Esta cartera está destina á no salir de casa, se la cuelga en la pared, y contiene las tarjetas que se quieren conservar; ya para no perder las señas que suelen ir puestas en ellas, ya para no olvidar algun deber de sociedad. Puede hacerse esta cartera mucho mayor y colocar en ella cartas, esquelas de convite, etc.

Se corta en moaré ó terciopelo, ó tafetan el fondo principal; las listas que lo dividen en varias zonas se ejecutan con cuentas, principiando por las negras (borde exterior); despues de estas, y para cada lista ó raya, vienen las de acero azuladas,—luego las de acero,—despues las de plata; se hacen en seguida las ramitas intermedias con las cuentas rubís. Los contornos exteriores se orlan con la felpilla rubí, sujeta de trecho en trecho por cuentas de acero; será quizá mos cómodo poner la felpilla despues de extender el fondo sobre un pedazo de carton forrado de seda ó de percalina.

La cartera, propiamente dicha, se corta de la misma tela que el fondo; se la cubre con caracolillos de todas especies y formas, dispuestos todo lo mas caprichosamente que se pueda. Para pegarlos, se prepara una fuerte disolucion de goma arábiga, la cual servirá tambien para pegar entre ellos algunos pedacitos de felpilla verde que imiten el musgo. Esta parte de la cartera se orla absolutamente como el fondo, al cual se cose con seda rubí; pero cuidando de que al hacerlo en los bordes de los lados, los puntos se vayan haciendo gradualmente mas largos hácia arriba, á fin de que la cartera quede entreabierta; estos puntos se hacen segunda vez cruzándolos con los anteriores. Se hace un asa de cuentas para colgar la cartera. Puede sustituirse al moaré papel canevas blanco.

Entredos al crochet para ropa blanca de niños.

Se buscará bilo de lino ó hilo de Alsacia, mas ó menos fino, segun el uso á que se destina este entredos.

Primeramente vamos á explicar lo que se entiende por *un gran punto sencillo*: antes de pasar al 2.º buclecillo por el 1.º, al través del cual se ha pasado la hebra, se hace un punto en el aire, despues se termina el punto como de costumbre, volviendo tres veces para pasar la hebra.

Se hace una cadeneta de 37 puntos y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*—Una brida en el 7.º punto (los 6 últimos de la cadeneta forman así un bublecillo);—2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 de la cadeneta,—1 sencillo,—* 5 en el aire;—1 sencillo en el punto siguiente. Vuélvase tres veces desde *.—2 en el aire,—1 brida en el último punto.

2.ª *vuelta.*—8 puntos en el aire, —1 sencillo en la brida,—5 en el aire, — 1 sencillo *montado* en el medio de los 5 en el aire de la vuelta anterior,—5 en el aire,—1 gran punto sencillo, siempre montado en medio de los 5 en el aire siguientes de la vuelta anterior,—1 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el mismo feston de 5 puntos en el aire de la vuelta anterior, sobre el cual se ha colocado ya el otro gran punto sencillo,—1 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el feston siguiente,—1 punto en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el mismo feston,—5 en el aire,—1 sencillo sobre el feston siguiente,—5 en el aire,—1 sobre la brida de la vuelta anterior,—6 en el aire.

3.ª *vuelta.*—Una brida en el último punto sencillo de la vuelta anterior, de modo que esté colocada exactamente encima de la de la 1.ª vuelta, y que los 6 puntos en el aire formen una especie de buclecillos,—2 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el feston de la vuelta anterior, compuesto de 5 puntos en el aire,—5 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el feston siguiente,—1 punto en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el mismo feston,—1 punto en el aire, y sobre cada uno de los 3 en el aire colocados cada uno entre los grandes puntos sencillos de la vuelta anterior, se hace 1 gran punto sencillo y 1 en el aire,—1 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el feston siguiente,—1 punto en el aire, —1 gran punto sencillo sobre el mismo feston,—5 en el aire,—1 sencillo sobre el feston siguiente,—2 en el aire,—1 punto-cadeneta en el 2.º de los 8 en el aire de la vuelta anterior, de modo que 6 de estos 8 puntos formen un buclecillo;—8 puntos en el aire.

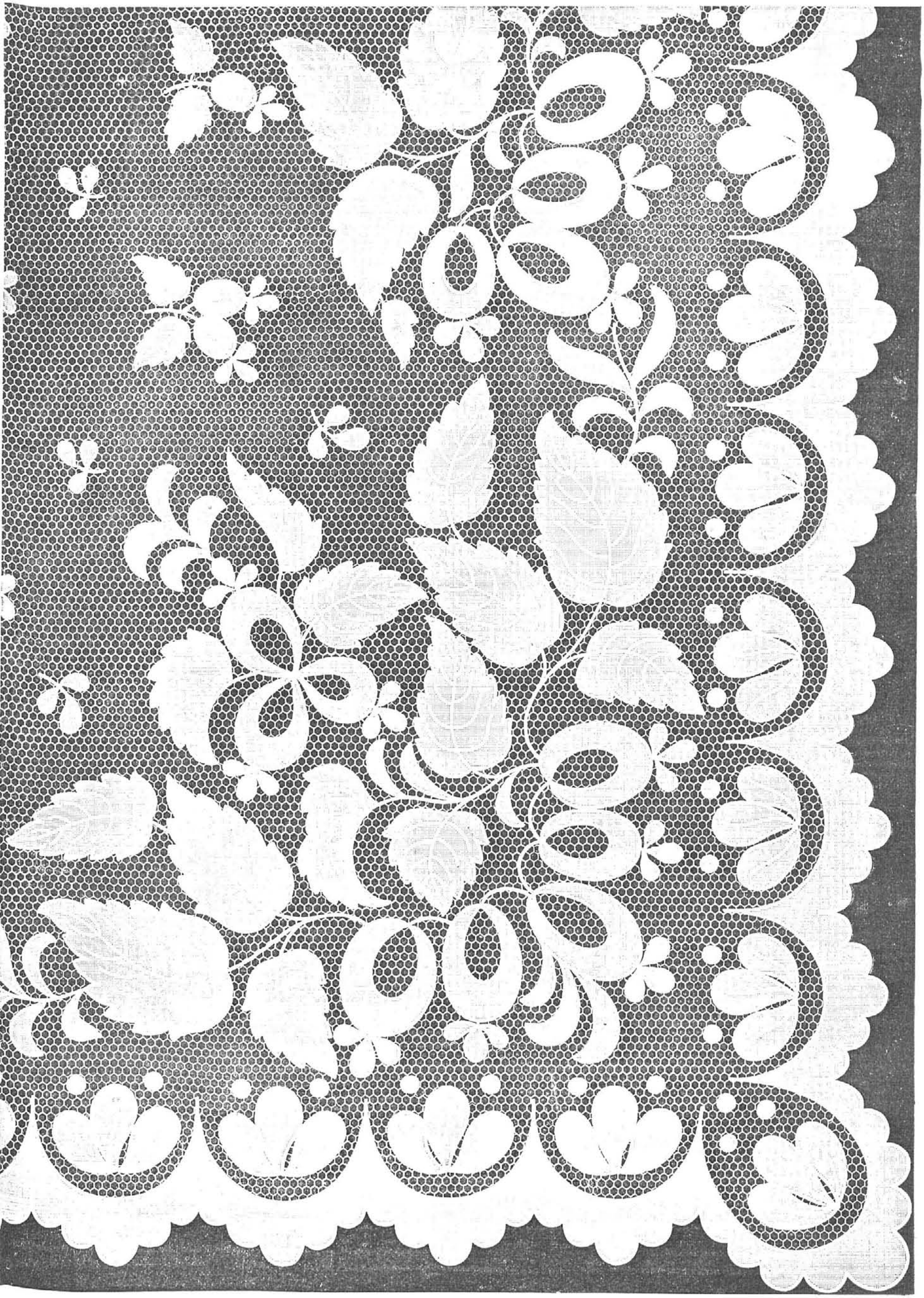
4.ª *vuelta.*—1 punto sencillo, montado sobre el punto en el cual se ha hecho un punto-cadeneta,—5 en el aire, 1 gran punto sencillo montado sobre el feston de la vuelta anterior compuesto de 5 puntos en el aire,—1 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el mismo feston,—1 en el aire,—sobre cada uno de los 6 puntos en el aire de la vuelta anterior, colocados entre los grandes puntos sencillos, se hace un gran punto sencillo, y entre cada uno de estos grandes puntos se hace 1 en el aire,—1 en el aire,—1 gran punto sencillo sobre el feston siguiente,—1 en el aire;—1 gran punto sencillo sobre el mismo feston,—5 en el aire,—1 sencillo sobre la brida de la vuelta anterior,—6 en el aire.

5.ª *vuelta.*—1 brida en el último punto sencillo de la vuelta anterior,—2 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el feston siguiente,—5 en el aire,—7 grandes puntos sencillos separados cada uno por 1 en el aire, sobre los 7 en el aire de la vuelta anterior que separan los grandes puntos sencillos, de modo que al principio y al fin se dejen 2 grandes puntos sencillos de la vuelta anterior,—5 sencillos,—1 idem sobre el último feston,—2 en el aire,—1 punto-cadeneta sobre el 2.º de los 8 puntos en el aire de la vuelta anterior,—8 puntos en el aire.

6.ª *vuelta.*—Un punto sencillo montado sobre el punto-cadeneta de la vuelta anterior,—5 en el aire, 1 sencillo sobre el mas próximo feston de la vuelta anterior,—5 en el aire,—4 grandes puntos sencillos (separados por un punto en el aire) colocados sobre los 4 en el aire del medio, que separan en la vuelta anterior los grandes puntos sencillos,—5 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston,—5 en el aire,—1 sencillo sobre la brida de la vuelta anterior,—6 en el aire.

7.ª *vuelta.*—Una brida en el último punto sencillo de la vuelta anterior,—2 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston,—5 en el aire, 1 sencillo sobre el feston siguiente,—5 en el aire, 1 sencillo sobre el punto en el aire aislado del medio, colocado entre 2 grandes puntos sencillos,—5 en el aire,—1 sencillo sobre el feston siguiente,—5 en el aire,—1 sencillo sobre el feston siguiente,—2 en el aire,—1 punto cadeneta sobre el 2.º de los 8 puntos en el aire de la vuelta anterior,—8 en el aire. Se repite sin cesar de la 2.ª vuelta inclusive.

© Biblioteca Nacional de España

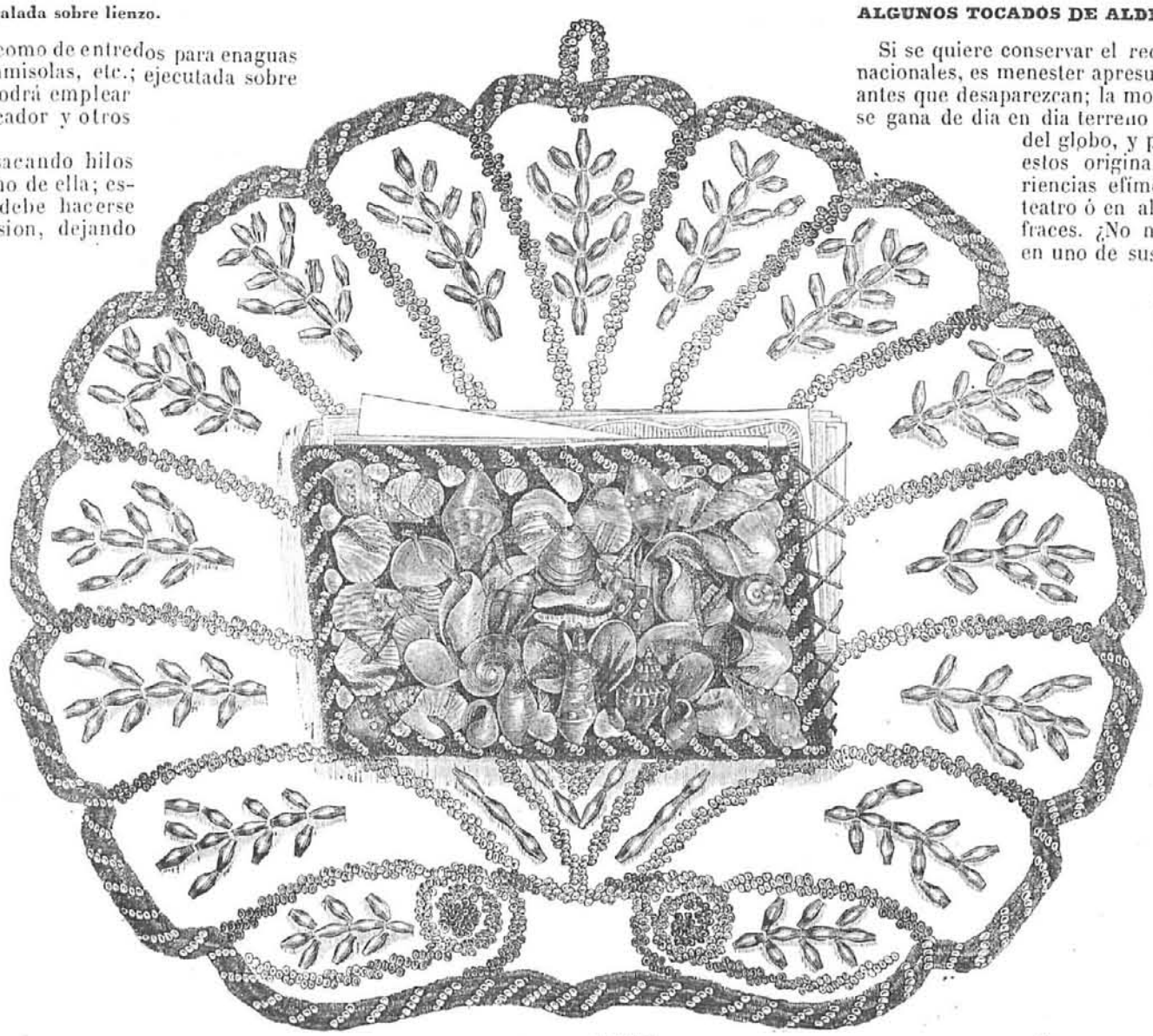


© Biblioteca Nacional de España

Labor calada sobre lienzo.

Esta labor servirá como de entredos para enaguas blancas, calzones, camisolas, etc.; ejecutada sobre género fino, se la podrá emplear para manteles de tocador y otros objetos análogos.

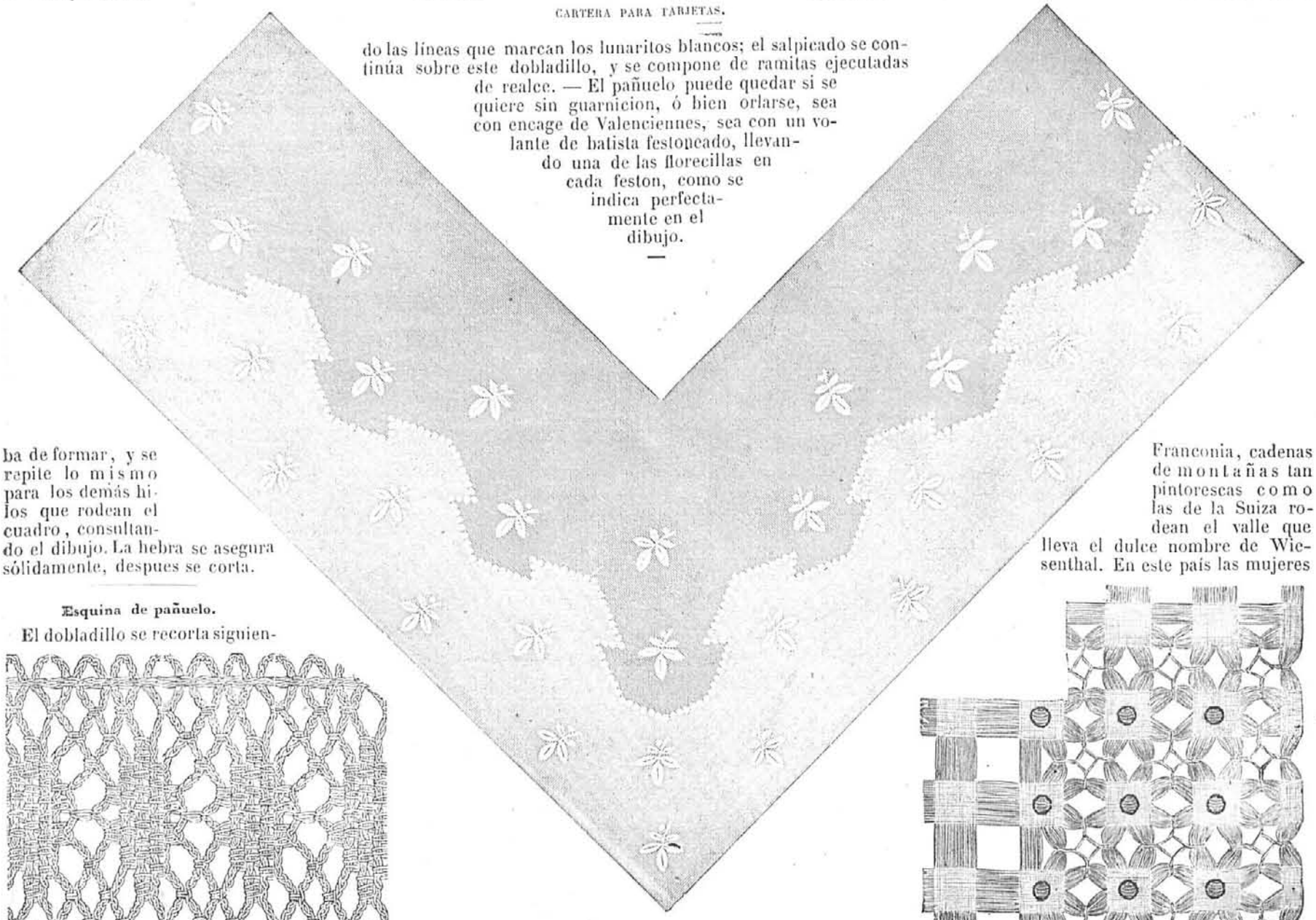
Se prepara la tela sacando hilos á lo largo y á lo ancho de ella; esta labor preliminar debe hacerse con una gran precision, dejando un número de hilos igual al de los que se sacan, á fin de formar cuadros alternativamente tupidos y calados, separados por hilos como puede verse en el lado derecho del dibujo; en este sitio la labor está solamente preparada. —Sobre cada cuadro tupido se borda con algodon blanco un lunar, rodeado á punto de cordoncillo con seda negra fina; en los cuadros vacíos se ejecuta con hilo blanco una especie de cruz; para esto se rodean con la hebra de hilo la mitad de los hilos que separan los cuadros, luego la mitad de los que se encuentran junto al cuadro vacío; aquí se ejecuta un punto de feston, se enlaza con la hebra el buclecillo que se acaba de formar, y se repite lo mismo para los demás hilos que rodean el cuadro, consultando el dibujo. La hebra se asegura sólidamente, despues se corta.



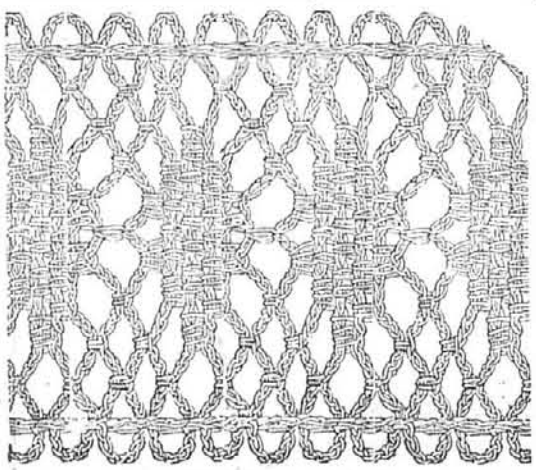
CARTERA PARA TARJETAS.

Esquina de pañuelo.

El dobladillo se recorta siguiendo las líneas que marcan los lunaritos blancos; el salpicado se continúa sobre este dobladillo, y se compone de ramitas ejecutadas de realce. — El pañuelo puede quedar si se quiere sin guarnicion, ó bien orlarse, sea con encage de Valenciennes, sea con un volante de batista festoneado, llevando una de las florecillas en cada feston, como se indica perfectamente en el dibujo.



ESQUINA DE PAÑUELO.



ENTREDOS AL CROCHET.

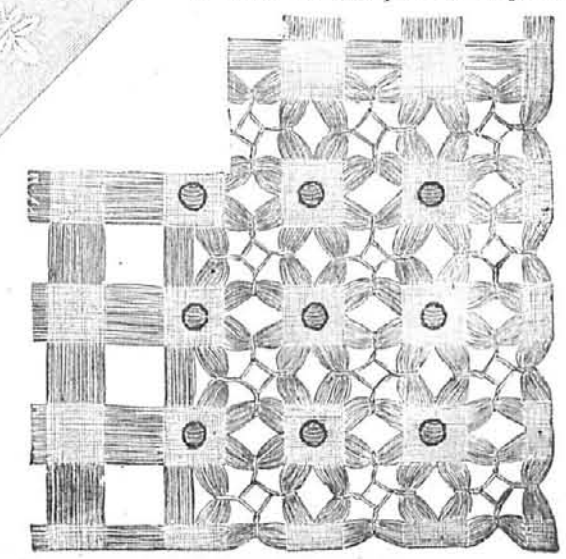
ALGUNOS TOCADOS DE ALDEANAS ALEMANAS.

Si se quiere conservar el recuerdo de los trages nacionales, es menester apresurarse á copiarlos hoy antes que desaparezcan; la moda, la moda parisiense gana de dia en dia terreno en todos los puntos del globo, y pronto no quedará de estos originales trages sino apariencias efímeras y ficticias en el teatro ó en algunos bailes de disfraces. ¿No nos dice Mr. Esquiros en uno de sus interesantes artículos, que las mozas de las granjas de Inglaterra van á ordeñar sus vacas con ahuecador?

Y bien mirado, ¿existe hoy país alguno, por apartado que se halle, por bárbaro que parezca, donde las mujeres ignoren el uso de la crinolina? Hasta las negras de la costa de Africa mas lejana la usan, y se muestran con orgullo al verse con este atavío europeo; solo que cuidan poco de sus bajos y caminan con los piés descalzos... pero con su ahuecador.

Los tocados que hoy publicamos pertenecen á los dos puntos opuestos de Alemania: al norte y al sur.

En aquella romántica parte de la Baviera, conocida con el nombre de la Franconia, cadenas de montañas tan pintorescas como las de la Suiza rodean el valle que lleva el dulce nombre de Wiesenthal. En este país las mujeres



LABOR CALADA SOBRE LIENZO.

© Biblioteca Nacional de España

llevan largas trenzas que caen hácia atrás, mientras que su cabeza va cubierta con una toquilla atada de modo que dos de sus puntas flotantes rodean el rostro. El encarnado vivo es el principal, ó mas bien el único color de estas toquillas; algunas son á cuadros encarnados y azules; la otra toquilla que rodea el busto de la aldeana es siempre igual á la de la cabeza.

Mas fácil será que este tocado se conserve en la Franconia que no que conserven el suyo las mujeres de las provincias nel norte de Alemania. La civilizacion de Hamburgo invade de dia en dia el pais que se halla al rededor de la ciudad. Las jó-

Aldeana de Franconia.

venes aldeanas se emplean con frecuencia como sirvientes en Hamburgo, en Lubeck y en las grandes ciudades del Mecklemburgo y del Holstein; hay otras profesiones á que ellas especialmente se conragran en estas diversas ciudades, como las de ramilleteras y fruteras, particularmente en la antigua plaza del mercado de Lubeck. De estas expatriaciones resulta que las dichas jóvenes al volver á su aldea, llevan allí las modas de la ciudad.

No hacen esto ciertamente por economía, porque las mujeres del campo tienen un vestido particular para el trabajo, otro para los domingos y dias de fiesta, y un tercero en fin para ciertas circunstancirs solemnes de la vida, como casamientos y

Aldeana de Franconia, vista por detrás.

bautismos. Todos estos vestidos se componen de colores muy vivos; el último se hace de telas muy costosas; su principal adorno es el peto, que es de paño ó terciopelo, ricamente bordado de relieve con oro y plata. Las aldeanas ricas embellecen además este peto con pedrerías de gran valor; herédase de madre á hija y hace parte del dote.

Las jóvenes solteras llevan el cabello en dos largas trenzas flotantes sobre la espalda, adornadas con cintas de colores brillantes; estas trenzas se cortan el dia de la boda, y el cabello de la mujer casada no vuelve á verse mas. Tanto estas como las solteras usan el tocado que se designa con el nombre de *corneja*; es una especie de gorro de damasco encarnado oscuro, guarnecido por detrás con un

Aldeana de Franconia.

enorme lazo de tafetan negro muy engomado. Para el trabajo del campo se ponen un sombrero de paja sobre este tocado; el tal sombrero tiene alguna analogía con la forma de una torta.

En todo caso, recomendamos el vestido de fiesta para baile de disfraces. La chupilla que se escota sobre el peto es de paño azul oscuro; la enagua corta, de tela encarnada; el cinturon, muy ancho, de paño negro con adornos encarnados; las mangas

Vestido de trabajo de las aldeanas del Holstein.

y el delantal de género blanco fino de hilo; las medias á listas blancas y encarnadas; los zapatos de piel, con hebillas de oro ó plata.

LA CRUZ DEL VALLE.

(Conclusion.)

Pudo conseguirse que cantase en el oficio y en la misa un celebérrimo tenor italiano, cuyas pro-

Aldeana del Holstein vestida de domingo

digiosas facultades le valieron mil enhorabuenas en el almuerzo.

Hasta los mismos profesores que formaban la orquesta no pudiecon menos de confesar que el primer violinista era una maravilla en tan difícil instrumento.

Y acabada la ceremonia y á los postres del almuerzo, los convidados pudieron admirar los bellísimos pensamientos que desplegaba un jóven poeta, amigo de Alfredo, en una sentida elegía que leyó en honor de la difunta, á la que no conocia.

La mayor cordialidad y compostura reinó entre todos los asistentes.

¡Lástima que la naturaleza de la ceremonia no

Aldeana del Holstein con vestido de fiesta.

permitiese que el espumoso Champagne inspirase á varios jóvenes de talento que se encontraban allí y que hubieran podido decir mucho y bueno acerca del suceso que á todos contristaba profundamente.

Entretanto, un anciano con los ojos casi fuera de sus órbitas rezaba de rodillas, en el cementerio, encima de una tierra movida y cubierta de flores.

¡Cosas del mundo!

Cada uno siente los dolores á su manera.

XVII.

Un periódico ministerial del dia siguiente decia:

«Sabemos que los amigos de cierto personaje de esta corte, *rico y noble por añadidura*, para estrechar

Sombrero de paja de las aldeanas del Holstein.

los vínculos que le unian con los electores oposicionistas de un pueblo de esta provincia, han dispuesto unos funerales *comme il faut* y de efecto, con motivo de la sentida muerte de una jóven, hija única del mas influyente. Por medio de estos manejos los enemigos de las instituciones y del bienestar que el país experimenta, creen poder sacar diputado por el tal distrito al mencionado personage. El gobierno lo sabe y lo desprecia, porque su popularidad y las simpatías con que cuenta en los gabinetes extranjeros, le son mas que suficientes para continuar haciendo la felicidad de nuestra desgraciada nacion.»

En el mismo dia, escribió un periódico oposicionista lo que sigue:

«El ilustre y generoso Don Alfredo de... que cuenta con las simpatías de todos los electores honrados del distrito A... por los favores que á cada mo-

© Biblioteca Nacional de España

mento les dispensa, como testimonio de lo mucho en que aprecia su proverbial independencia, se presenta por fin candidato en dicho distrito, para las próximas elecciones de diputados á Córtes. Esto nos significa que tendremos el gusto de oirle sustentar en la legislatura sus elevadas ideas, con la independencia que acostumbra, si los ruines manejos de los agentes del gobierno no llegan hasta el indecoroso punto a que han sido llevados otras veces.»

XVIII.

Un año despues de la muerte de Rosa, Alfredo, obedeciendo á las exigencias de su carácter variable, la habia olvidado de nuevo.

Pero los disgustos sufridos en aquel año, le cambiaron de tal modo que no parecia el mismo.

El rompimiento con la familia de su prima, le dejó privado de cuantiosos bienes, que iban á ingresar ya en su patrimonio, y aislado casi en medio de sus *venales* amigos, porque las mujeres huian de su lado, temerosas de un nuevo chasco.

Con esto y con la ausencia del padre de Rosa, que viajaba para distraer su pena, ó mas bien para calmar su locura, es casi inútil decir que las flores plantadas con tanto esmero en la fuente, y junto á la tumba de nuestra heroina se secaron.

Y casi ninguno de los vecinos del pueblo hablaba, ni siquiera por casualidad, de aquel melancólico drama que por otra parte solo habian tenido ocasion de entrever ó mas bien de adivinar.

Disgustado Alfredo de la sociedad en que vivia, se dedicaba cada vez con ardor creciente á su antigua pasion de la caza. Un hermoso dia de primavera, reunido con los mas íntimos de sus amigos, emprendió una expedicion á varios sotos, pertenecientes á los mismos amigos y situados todos en las faldas del Guadarrama.

A los dos dias, y cuando el sol se hallaba en toda su fuerza, cansados de haber hecho una larga jornada sin matar una sola pieza, los cazadores se sentaron á la orilla de un arroyuelo cercado por todas partes de peñascos y almorzaron con gran apetito.

El sitio en que se hallaban estaba al pié de la fuentecilla que hemos descrito al principio; pero como Alfredo no bajó en aquel tiempo jamás al arroyo, no le reconoció.

Algo excitados los comensales por el vino y por la misma conversacion que sostenian, apostaban casi unánimemente á que ningun hombre era tan atrevido que trepase por aquellos peñascales hasta la altura en que parecian terminar.

El orgulloso Alfredo sostuvo que podia subir, y apostando diez onzas de oro y quitándose los arreos de caza que podian estorbarle, se lanzó decididamente al formidable asalto.

Saltando aquí, colgándose mas allá, agarrándose á las peñas con las manos y haciendo heróicos esfuerzos de valor y agilidad llegó tan cerca de la plataforma, que sus amigos dieron por perdida la apuesta y saludaron con un bravo la valentía del jóven.

Pero de repente, la cruz, recuerdo único de aquella historia de amor y dolor que el inconstante jóven habia arrojado de su memoria, se apareció ante sus ojos como el mas terrible acusador de su vida pasada.

La sorpresa fué tan fuerte que un vértigo nubló sus ojos y sus piernas flaquearon y todo su cuerpo tembló.

Sintiéndose perdido y haciendo un supremo esfuerzo logró asirse del crucero de la misma cruz.

Pero incapaz esta de sostener el peso de un hombre, cedió y cruz y hombre bajaron juntos rebotando en las peñas.

Un grito de horror se escapó de los labios de todos los cazadores que instantáneamente rodearon á Alfredo.

Pero el golpe habia sido mortal.

Conducido al pueblo de Rosa, vivió todavia cuatro horas, sin exhalar una queja y abstraido completamente segun denotaba su mirada.

Pocos momentos antes de expirar, pronunció con notable claridad estas palabras:

—Te habia olvidado, pobre Rosa mia, y has venido á recordarme los juramentos que te hice en la fuente; ahora ya ciertamente no nos volveremos á separar.... ¡Dios mio!

Y expiró.

XIX.

Un vecino del pueblo volvió á colocar en su sitio la cruz.

Pero los habitantes la creyeron destinada á recordar la muerte del opulento aristócrata Alfredo. Rosa estaba olvidada.

Solo un venerable anciano que iba todas las tardes á pasear á la fuente, conocia toda aquella historia.

¡Era el padre de Rosa!

A él debo este relato.

Quizá serán muchos los que digan que podria haber ahorrado bastante papel no contandoosla, puesto que la historia tiene poca originalidad, ningun argumento y carencia absoluta de dotes literarias.

Pero á los que tal digan, despues de convenir con ellos en esa apreciacion de que me hallo mas convencido que ninguno, les recordaré y plagiaré aquel famoso verso de un célebre autor:

Allá van versos donde va mi gusto.

A lo que con razon podria añadir:

Y silbar si quereis, porque es muy justo.

FIN DE LA NOVELA.

CAMINO DE LA ALDEA. (1)

Me complazco en mirar desde mi ventana las montañas de occidente.

Mi pensamiento vá mas allá que mis ojos: vá por un hondo valle que está al fin de la llanura y llega á una aldea que está al fin del valle. Allí se detiene gritándome:

—Ven ven, que unos corazones de oro te esperan en estas pobres casas donde por todas partes penetran el viento y la lluvia.

El cielo está sereno y las gentes que pasan por bajo de mi ventana, dicen:

—Qué tiempo tan templado tenemos!

Pero yo siento *como frio* y me decido á dar un paseo para entrar en calor.

¿Por qué siento frio en mi casa si todos dicen que la temperatura es templada y mi casa está abrigada con cristales alfombras y estufas? Sea por lo que sea, es lo cierto que yo siento *como frio*...

Al salir á la calle no alzo la vista al balcon porque esta tarde un ángel de tres años no saca la manita por entre los balaustres para despedirme.

Andando, andando sin pensar que me alejo mucho de la villa, llego al fin de la llanura del ocaso.

El viento de la tarde trae por el valle abajo vagos rumores. No sé si son toques de campanas, ó voces de aldeanos, ó cantares de carboneros, ó sonido de esquilas, ó ruido de tolvas de molino, ó canto de carros (2) ó ladridos de perros, ó balidos de ovejas, pero sé que muchas veces oí esos vagos rumores en los sereños tiempos de mi infancia.

Y me paro un momento á pensar si seguiré por el valle arriba ó volveré á cruzar la llanura caminando hácia el oriente; pero me digo mirando hácia la lejana villa:

—No importa que mi hogar esté esta noche mas solitario aun que en la pasada, que en él nadie piensa en mí, y si torno á buscarle, no he de oir, al acercarme á él, la vocecita del ángel de tres años que otras noches me llamaba desde el balcon donde esperaba mi vuelta. (3)

Y tomo por el valle arriba cuando los últimos rayos del sol alegran tristemente las cimas de los montes.

No hay para mí camino triste ni penoso, llámese camino de la aldea ó camino de la vida: al fin del primero, está el hogar de mi infancia; al fin del segundo, está el cielo, y al fin de los dos, me esperan amigos muy queridos!

¡Qué importa, Señor, que me hayas dado corazon para sentir si me has dado fe para esperar!

Sigo por el valle arriba, y á cada paso encuentro rostros que me sonrien y bocas que pronuncian cariñosamente mi nombre. ¡Qué dulce es vivir en la patria! Todos estos valles y estas montañas me parecen el hogar de mis padres que se ha ido ensanchando, ensanchando... y todas estas gentes me parecen mis hermanos que se han ido multiplicando, multiplicando...

¡Madrid! veinticinco años he sido en ti forastero. El último dia que crucé tus calles nadie me sonrió. Si lo que Dios no quiera necesito alguna vez andar por donde nadie me conozca, ¡con qué placer volveré á cruzarlas!

Ese aldeano que guia una pareja de bueyes dirijiéndose hácia mi aldea, me convida afectuosamente á hacer el resto de mi jornada en su carro. ¿Qué títulos tengo á su benevolencia? Oigámosle que él mismo nos lo vá á decir.

—¿Con que se vá á dar una vueltecita por la aldea, eh? Por lo visto, V. no la ha perdido la ley. Caramba, vale mas eso en un hombre que los tesoros del mundo. Bajo aquellos fresnos que hay detrás de la iglesia tiene V. enterrada su madre como yo á la mia. ¡Buen par de bribones estariamos los dos si olvidásemos eso!...

El carretero no tiene buenas explicaderas pero tiene buen corazon. Envidiadle, Demóstenes y Cicerones!

Una muchacha de sonrosadas megillas y largas trenzas de pelo, viene sentada sobre el saco de harina que conduce su borriquillo, y se detiene á saludarme y ofrecerme un racimo de uvas de las que lleva en el delantal. ¿Por qué tan obsequiosa conmigo? Tambien ella nos lo dirá.

—Ande V., tome V. un racimito, siquiera por los atracones de fruta que me tengo dados en su huerta... Cuando yo era niña nunca iba allá por el zurron (1) sin que su madre de V., que esté en gloria, me mandase subir á los frutales.

Y tomo el racimo porque me parece que muchos años há me autorizó mi madre á tomarle.

Sigo mi camino, y un carbonero que parte leña en la arboleda contigua, sale á mi encuentro con el objeto de ofrecerme su pipa para que encienda el cigarro que llevo sin encender en la boca.

—Siento, le digo, que se moleste V...

—¡Qué molestia ni qué niño muerto! Uno es un pobre bolonio que no sabe tratar con los caballeros; pero qué demonche, V. disimulará porque al fin nos hemos bautizado en una misma pila.

Mi mano estrecha la del carbonero á quien le apaga la pipa una lágrima.

El olor á tierra quemada que baja de las laderas del valle donde los labradores *cuecen* roturas y los carboneros *cuecen* carbon, es para mí delicioso, no sé si porque es olor de tierra quemada, ó porque es olor de la infancia.

El humo que desciende por las arboledas forma una blanca nubecilla sobre el rio que corre por el fondo del valle medio oculto por las enramadas que se tienden sobre él desde ambas orillas. La tarde es apacible y serena como mi corazon, donde á las tempestades de la adolescencia han sucedido las calmas de la edad viril.

Unas muchachas vendimian en una viña que se extiende por la linde de un castañar, á la parte arriba del camino, y unos muchachos *echan* castañas subidos en los castaños.

Muchachas y muchachos cantan y rien. Ah! en su corazon no rugen las tormentas que han rugido en el corazon de los que hemos pasado la juventud en las ciudades!

Oculto bajo una mata de *hortos* que crece en la cárcaba de la viña, me paro á escuchar los cantares de vendimiadoras y echadores.

Un echador canta con fresco y sentido acento:

Una heredad en un bosque,
y una casa en la heredad,
y en la casa pan y amor,
¡Jesús qué felicidad!

Y á este canto responde inmediatamente este otro de una vendimiadora:

Madre, quiero que me cases
en los montes de Vizcaya,
que en los montes está el cielo
mas cerca que en tierra llana.

Sin ser muy diestro en penetrar los misterios del corazon humano, penetro rápidamente lo que en aquel instante pasa en el corazon de la vendimiadora. ¿Qué poema de amor y felicidad ha soñado en un instante la inocente aldeana en el paraiso que acababa de mostrar á sus ojos el echador, cuando de repente invoca el nombre de su madre para pedir á esta que la case en los montes de Vizcaya. Ah! si el pudor la hubiese dispensado de hipérboles, el cantar de la vendimiadora no hubiera sido aquel, no, que hubiera sido este ú otro que dijese lo mismo:

Madre quiero que me cases
en los montes de Vizcaya,
porque en estos montes vive
el que ha cantado esa *canta*! (2)

Un jóven que lleva la chaqueta al hombro me alcanza mientras yo escucho los cantares de vendimiadoras y echadores, y continuamos juntos el camino comiendo cada cual un dorado racimo de uvas que tomamos de los que, así que nos ven, se apresuran á ofrecernos las vendimiadoras, para las cuales no soy yo persona extraña, pues me encuentro con que las que no son sobrinas mias son hijas de los compañeros de mi infancia.

El muchacho de la chaqueta al hombro es de mi aldea donde se ha casado hace algunos meses.

—Vienes de Bilbao? le pregunto.

—No, señor. Estoy trabajando en la ferreria del Desierto, y como en toda la semana no veo á aquella pobre, todos los sábados, como hoy vengo para pasar el domingo en la aldea.

—Pero cuando hace mal tiempo no vendrás?

—Aunque caigan rayos y centellas. Ya vé usted aquella pobre está toda la semana soñando con mi venida!

—Y á tí te sucederá lo mismo; no es verdad?

—Pues es claro. Pensando en lo que aquella pobre se vá á alegrar al verme llegar el sábado me paso la semana sin sentir y maldito lo que me cansa el trabajo.

—Pues tu mujer no se acordará menos de tí.

—Aquella pobre todo el dia está hablando de mí en casa. No, si fuera cierto que le cantan á uno los oidos cuando alguno se acuerda de nosotros...

—Entonces no traerian ahora mala música los tuyos.

(1) Este capítulo es la Segunda parte del titulado «Calor de los corazones» que ya conocen nuestros lectores.

(2) Llámase canto al agudo chirrido de las carretas del país, que se oye á grandes distancias.

(3) Como se desprende de su contexto, este capítulo se escribió en efecto hallándose ausente la familia del autor.

(1) El zurron es la porcion de grano que se manda al molino para el gasto de la semana.

(2) Canta, lo mismo que cantar.

© Biblioteca Nacional de España

—De seguro. Y tambien los de V.

Ambos guardamos silencio pensando en los que piensan en nosotros.

—Qué delicioso, digo yo, es caminar á estas horas, en una de esas hermosas tardes de otoño, por un vallecito como este!

—Y mas cuando sabemos que donde acaba el valle empieza nuestra aldea, y donde empieza nuestra aldea salen á encontrarnos los que nos quieren, como sale todas las noche aquella pobre...

Hablando, hablando, llegamos ya al término del valle que desemboca en la hermosa llanurita donde se extiende nuestra aldea.

Subimos una cuestecilla que termina en una colina cubierta de árboles desde donde se vé la aldea cuyas primeras casas están á medio tiro de bala, y nos paramos al pié de un árbol á contemplar la aldea.

La vida de los campos se vá reconcentrando en los hogares que llaman cariñosamente á su seno á los moradores de la aldea. Ya de cada hogar se alza una blanca nubecilla de humo, porque en cada hogar hay una madre de familia que aviva el fuego y prepara la cena para que encuentren calor y alimento su marido y sus hijos. Y aquella nubecilla regocija y enternece á los que desde lejos la contemplan, porque les dice que allí hay alguien que piensa en ellos.

La vida del hogar es vida de descanso y amor. Porque al acercarse el instante de tornar á ella se alegran los moradores de la aldea. Prorumpen en gritos de alegría los niños que bajan del monte ó vienen de las campas conduciendo el ganado á los establos; cantan las muchachas que con la herrada á la cabeza vienen de la fuente del castañar, y rien y charlan alegremente los jóvenes y los viejos que con la pipa en la boca y las layas ó la azada al hombro vienen por las estradas á través de las heredades.

Las campanas de la aldea tocan á la oracion y de repente todo calla; gritos, cantares, risas y conversaciones, porque los pensamientos se apartan de la tierra para remontarse al cielo.

Mi compañero y yo callamos tambien y descubrimos la cabeza y rezamos las Ave-Marías.

Yo, que á pesar de los pesares tengo mis resabios de cortesano, no rezo con tanta devocion como el jóven de la chaqueta al hombro, porque en vez de pensar solo en Dios como mi compañero, pienso en Dios y en la devocion con que mas de cuatro amigos mios rezarian sintiendo lo que nosotros sentimos.

Al continuar nuestro camino, vemos que una porcion de personas salen á nuestro encuentro.

—Apuesto, dijo mi compañero, que viene ahí aquella pobre.

Y al verle apretar el paso, le aprieto tambien, y un instante despues nos reunimos con los que salen á encontrarnos.

Angel mio de tres años, no estás tú entre los que salen á encontrarme; pero si alguna vez he podido creer compensada tu ausencia, esa vez es esta noche.

—Hijo, ponte esa chaqueta, que se ha levantado un aire muy frio, dice su mujer á mi compañero.

—Qué ha de hacer frio! replica el muchacho. ¿No es verdad, D. Antonio, que hace calor?

—Vaya si le hace! contesto. Lo que es yo cuando salí de casa, tenia *como frio*, pero ahora estoy sudando.

. . . . . .

Vidrieros y tapiceros y estufistas, hé, largo de mi casa con vuestras invenciones que nos calientan por fuera y nos dejan helar por dentro!

ANTONIO DE TRUEBA.

TRIBUTO DE LAGRIMAS.

AL SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

Hay en el corazon, por nuestro daño,
Una fibra sutil, desconocida,
Que ajita nuestro ser de un modo extraño
Minando los principios de la vida.

¡Ay del triste que siente ese latido
Triturando su pecho sin consuelo,
Sin que pueda contar con el olvido
Que mitigue benéfico su duelo!

Yo, madre sin ventura, mi lamento
Mis males reveló paz implorando,
Sin lograr que el reposo ni un momento
Encontrara mis ojos no llorando.

Y cómo no: si la implacable muerte
Agostó la mitad de mi existencia,
Imponiéndome atroz la inicua suerte
De vivir lo que dure mi sentencia!

Por eso, padre mísero, tu pena
Transida de dolor escuché ansiosa:
Porque del infortunio la cadena
Nos enlaza con fuerza misteriosa.

Un ángel fué, *la* que mi llanto abona
Dejándome sumida en la amargura:
Ella ciñó del vate la corona,
Y el mundo no manchó su vestidura.

Genio feliz del mundo en los umbrales
El *ser* amado á quien le diste vida,
Extremecido ante sus rudos males
Tornóse al Cielo, su mansion querida!

Allí viven!... allá las esperanzas
Realidades serán, no ya ilusorias...
Si la resignacion *flores* alcanzas,
Trocadas solo se verán tus glorias.

Trocadas: porque el alma con acierto
Otra region en su afanar anhela,
Y el *querub* que dejara este desierto
Por el paterno bien, amante vela.

Y no imagines, ilustrado amigo,
Que mis ayes formulan un consuelo!
Yo, que tan solo respirar consigo,
Fijos mis turbios ojos en el Cielo!

Yo le demando en mi dolor insano
Un bien, que el corazon férvido adora!
Y el desespero con su helada mano,
Lo oprime sin cesar, diciendo: "Llora!"

Entonces quiero interrogar impía
Misterios, ay de mí! que el cielo esconde,
Y exclamo absorta en mi melancolía
Dónde mi Dios estás! dímelo: dónde?

No ves, padre infeliz, cómo llevada
De insensato dolor, el tuyo avivo?
Mas, qué te he de decir, desventurada,
Cuando *por una sombra* solo vivo!

Ante el Dios que el cristiano reverencia
Doblemos, noble vate, la rodilla:
Que si el que sufre su clemencia espera,
En la frente del mártir, su luz brilla.

Llegue hasta tí mi canto dolorido,
Y suspenda un instante tu quebranto:
Si no me es dado procurarte olvido,
Vé si te alivia de una madre el llanto.

ANGELA MAZZINI.

STA. CRUZ DE TENERIFE MARZO 1864.

EL HOMICIDA.

EPISODIO HISTORICO.

(Continuacion.)

—Etelvina, hija querida, le dijo abrazándola: acabamos, mi buen amigo y yo, de formar un proyecto, del que haces la mas bella parte: el hijo único, y heredero del Podestá, te ama, y su padre me pide para él la mano de mi adorada Etelvina: he creido observar que ese jóven no te es indiferente; mas no obstante, no he querido empeñar mi palabra, hasta explorar tus sentimientos: sé que tu corazon no tiene otras afecciones, y siendo para mi este enlace una grata circunstancia me lisongeo que darás sin repugnancia tu consentimiento.

Calló el Baron, alarmado por el alternativo cambio que observaba en el semblante de Etelvina; una mate palidez cubrió su frente, vistiéndose en seguida sus megillas del mas vivo carmin: sucedianse en su mente combates terribles... primero, quiso interrumpir á su padre suplicándole que renunciase á su proyecto. Luego, imaginó ser un favor del cielo aquella propuesta, para destruir toda esperanza en el pecho de su incógnito amador. Adrian, no le era tampoco antipático: así es, que secando con su batista su frente inundada de sudor, contestó á su padre.

—¿Cómo no he de acceder padre mio, á lo que me proponeis, cuando manifestais tanto placer en ver realizado vuestro plan: sí... disponed que sea pronto: los aprestos de un cambio de situacion, ya próspera, ya adversa, suelen ser siempre enojosos: además, deseo que se realicen los contratos, sin esplendidez... solo en familia: entendeis? Escuchad, amado padre; no os parece que en nuestro castillo seria mejor verificar mi enlace?

—Sí, sí: además, justo es que para esa solemnidad, salga mi hermana Armanda del convento en que se educa: bien, padre mio: vos lo arreglareis.

No pasó desapercibida para el Baron la agitacion de Etelvina: la sonrisa nerviosa que entreabria sus labios: el tono febril con que pronunciaba sus palabras y el desórden de sus ideas, le dieron en qué pensar: pero satisfecho del buen éxito de su propósito, se retiró sin pedir aclaraciones, despues de abrazar á su hija. Adrian era el mas feliz de los hombres: parecia que no cabia en su pecho la dicha que le esperaba: y despues de besar amorosamente la mano de su prometida, ocupóse sin descanso de los preparativos indespensables, para trasladarse todos, al castillo de Stalchid. Cuántos encantos tenian para él estos preparativos! Oh! la felicidad en perspectiva, es la situacion de los bienaventurados en la tierra: la realidad mas seductora viene siempre despojada de los encantos que le presta la imaginacion. Adrian vivia en el porvenir, y sin embargo, el presente era toda la ventura que le otorgaba su destino! Ambos jóvenes paseaban asidos del brazo, por las avenidas del palacio formando mil halagüeños propósitos. Pobre raza humana! siempre alucinada! siempre ciega! El edificio de sus ilusiones no lo vé nunca elevarse: á cada paso, mira descoloridas las flores que la seducen: su esperanza se trueca en una quimera que la conduce á la fosa, cuando mas cercana la creia á la mansion de su felicidad! proyecta: dispone... humo! nada!... el dedo de Dios le señala una senda: *ella* se resiste... se extravia... pobre humanidad!

El castillo de Stalchid, era el receptáculo del placer y la alegria: todo era músicas y danzas: los pobres de la comarca acudian, seguros de hallar en él hospitalaria acojida. Las jóvenes doncellas del distrito, venian gozosas á ofrecer sus donativos á la feliz desposada: dentro de pocos dias, se celebrarán los desposorios, y hasta entonces, continuarán las fiestas, y los bailes, y los dulces... qué placer!

Etelvina, acompañada de una encantadora niña de once años, de su hermana Armanda, discurre rodeada de sus compañeras por los bosques y parque del castillo feliz y placentera; mas el prudente Baron las invita á no alejarse tanto de la casa, guardándose bien de manifestarle la razon que tiene para ello. Algunos de sus vecinos habianle asegurado, que la partida de forajidos que algun tiempo antes sembró la alarma en aquellos contornos, habia vuelto á presentarse últimamente. Astolfo sin dejar de ordenar algunas precauciones, intimó que nada dijesen á su hija, receloso de que se asustase: así pues, aquella bandada de palomas, aquellas risueñas jóvenes, se reunieron de nuevo en los salones del castillo, inventando juegos y pasatiempos.

Era la hora del crepúsculo. Adrian cercado de algunos deudos y amigos escuchaba gravemente las palabras del Baron, que referia sus mocedades de tiempo en tiempo, sus ojos buscaban furtivamente los de Etelvina, á cuya mirada contestaba una sonrisa. De repente, ella, seguida de las otras jóvenes dejaron el salon: habian proyectado divertirse con infantil travesura; ocurriósele á Etelvina esconderse, para poner en juego la astucia de sus amigas invitándolas á que esperasen la señal, para que partiesen en su busca. Marchó en efecto la hija del Baron, y discurrió por todos los aposentos, y aun desvanes del castillo para buscar un ignorado escondite. Sus compañeras guardaron silencio, esperando la señal convenida, que seria el sonido de un silbato... Un cuarto de hora transcurrió, é impacientadas las jóvenes, salieron despechadas por distintas direcciones, para buscar á su amiga, y manifestarle su desagrado por no efectuar lo convenido: como aves buscando á sus hijuelos, corrian desbandadas, cruzándose en su incierto rumbo, chocando unas con otras en entradas y salidas, cansadas, rojas ya con la fatiga como la flor del granado... Inútil! todo lo habian registrado: en la casa no estaba Etelvina! solo un cierto fragor, como un golpe seco, habia llegado á oidos de algunas de las jóvenes: pero estas, algo acobardadas, no le participaron á sus compañeras. y juntas y admiradas, se preguntaban donde podria haberse escondido su amiga. Un mohin lleno de gracia frunció el entrecejo de la jóven Armanda, declarando que dejaria de jugar, hasta que pareciese su hermana, y se la multase por tan pesada chanza: indecisas y contrariadas las jóvenes saliendo agrupadas al jardin, no aventurándose á recorrer sus calles, amedrentadas por las sombras de la noche. Al fin, hubo de tomarse un partido, y fué despachada Armanda, que llorosa, llegó á participar á su padre el prolongado escondite de Etelvina. Mientras el Baron sin alarmarse consolaba á su hija, asegurándola que él seria mas feliz en sus pesquisas.

Adrian veloz como el gamo herido, desapareció por las anchas galerías del edificio: su planta ligera se escuchaba retumbar por las desiertas habitaciones, no tardando en ser seguido por su padre y el baron, á los que muy pronto se reunieron todos los servidores del castillo: la perplejidad demoraba la diligencia de estos: no así la del activo Adrian, que ya frenético y convulso, despues de registrar sin resultado los aposentos del Castillo, corrió como flecha disparada, por las avenidas del parque, saliendo por último al lindero del bosque.

El nombre de Etelvina, resonaba por aquellos ámbitos sombrios, y solo el eco repetia lúgubremente aquel nombre querido. Repartiéronse entonces en grupos todos los habitantes del castillo, reuniéndoseles varias personas de las cercanías, llevando teas encendidas para explorar todos aquellos contornos, provistos de cornetas y silbatos, para en caso de encontrar la que buscaban, participarlo á los demás. Brillaban como rojizas estrellas, á desiguales intervalos las apartadas luces, entre las macizas sombras de los árboles: pero diríase al escuchar solamente el ruido de sus pasos entre las muertas hojas, que una convocacion de sombras habian dejado sus tumbas, para visitar los fragosos senderos del castillo de Stalchid. De las apartadas alquerías y chozas del distrito, salian los colonos y pastores maravillados de aquella luminosa caravana. Recorrieron los exploradores de extremo á extremo aquel dominio: la tierra señalaba la mitad de su nocturna evolucion, cuando los diferentes grupos que se habian diseminado por aquellas cercanías, se reunieron de nuevo en la esplanada, mustios y pensativos, sin poder darse cuenta de aquella extraña desaparicion.

Quién podrá pintar lo que pasaba en el ánimo ajitado del desconsolado padre?

El alma paternal, cuenta con abismos secretos, donde guarda tesoros desconocidos de amor, ante el que palidecen todos los afectos terrestres! una sola sacudida, que quebrante esa palpitante armonía produce un desquicia-

© Biblioteca Nacional de España

miento moral, capaz por sí solo, de agostar la vida humana: *pero la materia en que está nacida esa flor del* sentimiento, es como la madre tierra: no faltándole sávia, fructifica siempre, ya flores suaves: ya, cardos punzadores...

Abismado el Baron en profundas reflexiones, no articulaba palabra: *miraba con febril ansiedad á las distintas* puertas del castillo, pronto á lanzarse frenético, hácia la delicada forma de Etelvina: mas esta, no parecia: Adrian media con desiguales pasos las anchas galerías: Armanda lloraba, y los otros huéspedes, habitadores del palacio, discutian sin entenderse, sobre un peligro mas ó menos probable que motivase aquella desgracia, no pudiendo persuadirse que fuese realmente positiva.

La luz del nuevo dia difundió alguna calma en aquella atribulada familia: nuevos proyectos se formaron: nuevas indagaciones se pusieron en práctica: algunos se aventuraban á dar esperanzas al triste padre: otros, aseguraban que no volverian al castillo sin traer la que buscaban.

El podestá marchó á caballo para entablar un procedimiento judicial en los inmediatos tribunales del distrito: la confusion crecia: iban, venian, nada! suposiciones, congeturas, diligencias, indagaciones, todo fué infructuoso: nada se omitió, para dar alguna luz á tan sombrío misterio.

Pasaron dias, meses, y años... todos quedaron en la mas absoluta ignorancia respecto á la desaparicion de la jóven Etelvina de Stalchid!

Inexplicable problema, de la que solo Dios guarda la solucion. El árbitro de los humanos destinos, se reserva manifestar á los hombres sus arcanos, cuando lo juzga oportuno: acatemos sus designios!

El inconsolable Baron, vivió por largo tiempo sumido en el mas absoluto abatimiento. Pasaron siete años, y acordóse el buen padre que tenia otra hija bellísima, que contaba diez y ocho años; forzoso le fué considerar, que aquella jóven crecida en el llanto y en el duelo, reclamaba su amor de padre. No es seguramente el menor de los sacrificios de que es capaz el corazon humano, vencer la mortal apatía, resultado de dolorosas emociones, para que, acallando la voz que subleva dentro de nosotros mismos, digamos al corazon ulcerado «no te quejes!» y al semblante surcado por las lágrimas, «sonrie!» La sociedad no contempla esa abnegacion sublime: necesita del sacrificio de nuestros dolores, porque en las relaciones é intereses que reclama, no gusta tener en cuenta nuestros individuales padecimientos.

Por eso el Baron Astolfo de Stalchid, sustrajo el tesoro de su amargura de las indiferentes miradas del vulgo, y sonreia complaciente á su única hija Armanda, prometida esposa del conde polaco Poniatonski.

La jóven Armanda de Stalchid, era un escojido tipo de hermosura y distincion: ya fuese debido al temple de su alma: ya, al doloroso recuerdo de sus primeros años, su carácter era reflexivo, y un tanto melancólico: su mirada dulce y profunda; irresistible si la acompañaba una sonrisa; vagaba á veces en el espacio, notándosele en aquellos momentos de abstraccion, una palpitacion inusitada, que hacia ondular sobre su pecho el escote de blondas que lo cubria, era como su malograda hermana esbelta y flexible: un blanco marmóreo, hacia con mas efecto destacar en su rostro oval sus negros y pensadores ojos: era afectuosa y expansiva en la intimidad, pero de un aspecto digno y reservado en el trato social, amaba á su padre con tal extremo, que parecia intentar duplicar su cariño para que el digno anciano no lamentase otro afecto perdido.

ANGELA MAZZINI.

(*Se continuará.*)

DESPEDIDA DEL SR. PALAREA.

Al cesar en el mando de esta provincia el Sr. D. José Palarea, y al noticiar esta superior resolucion á los habitantes de ella, les ha dirijido algunas breves, pero bien sentidas frases, que revelan el hondo sentimiento con que se separa de nosotros, y muestran los férvidos votos que hace por la prosperidad y ventura de esta bella y rica parte del suelo español.

Aceptamos con gratitud estos deseos y tanto mas cuanto en los labios y en la pluma de una persona tan digna como lo es el Sr. Palarea, estos deseos no pueden dejar de ser sinceros; tales palabras han salido seguramente del fondo de un corazon tan noble como lo es el suyo.

Cádiz, que no niega nunca ni su benevolencia ni sus simpatías á los que han sabido merecerlas, en esta ocasion ha dado al que fué autoridad suya las mas solemnes pruebas de su afecto cordial, y estas pruebas han tenido el mérito de la mas absoluta espontaneidad: el Sr. Palarea no era ya gobernador de la provincia.

Nada de lo que acabamos de decir tiene que ver con las razones políticas que hayan podido dictar semejante medida: la política nos está vedada; pero no nos lo está el consignar nuestros sentimientos de justo aprecio al cumplido caballero, al hombre de talento y de honradez, al leal y consecuente amigo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA.

Hace ya muchos dias que las vibraciones de una campana tienen conmovida á la poblacion de Madrid. El eco ha repartido por todas partes sus notas graves y profundas, y el público se ha llenado de interés, de curiosidad y de entusiasmo.

No se trata de ese campaneo precipitado y confuso con que las torres de Madrid anuncian á la poblacion descuidada la misteriosa improvisacion de algun incendio.

Apenas hay fuego suficiente para quemar incienso en los altares de los poderosos, y en Madrid está asegurado de incendios hasta el tabaco que se vende en los estancos.

Tampoco es el bulliciosо repique con que las campanas volteando frenéticamente reparten en todas direcciones la estrepitosa alegría de un fausto suceso.

Bajo este punto de vista ellas han comprendido el aire que corre, y desde la altura de su posicion permanecen mudas, asiduamente ocupadas en morderse la lengua.

Tal vez si fueran dueñas de sus acciones doblarian lentamente como en los dias de las grandes solemnidades fúnebres.

Acaso sus notas lastimeras irian de casa en casa llamando á la multitud para que fuera á llorar de dolor ó de vergüenza sobre algun cadáver ilustre de algun triste suceso.

Pero las campanas han recibido de la experiencia grandes lecciones y hace mucho tiempo que no mezclan su voz de bronce ni á la alegría ni á los pesares públicos.

Parece que se han trazado como regla de conducta vivir ignoradas, y permanecen silenciosas como si hubiesen renunciado al derecho de pedir la palabra en los grandes sucesos.

Es posible que no quieran llamar sobre sí la atencion de nadie. ¡Se han visto tantas veces expuestas á ser hechas cuartos!...

*La campana que hoy resuena en los oidos de to*dos los habitantes de Madrid, es una campana atrevida que arrastra todas las noches al público hácia la plaza del Rey; lo apiña á la puerta del teatro del Circo; lo hace entrar, cubre con él todas las localidades, le impone silencio, y solo con la cuerda que está asida á ella lo subyuga tres veces, lo aterra otras tantas, y otras tantas lo hace estallar en una explosion de aplausos.

Los que tengan la curiosidad de formar la lista de las campanas célebres, deben añadir á ella *La Campana de la Almudaina.*

¿Cómo está fundido este instrumento maravilloso cuyo imperio consiste en no sonar?

Reunid á todos los campaneros del universo y preguntadles qué efecto puede producir una campana que no suena,

Habia en Mallorca un jóven oscuro, en cuya cabeza debian bullir los elementos de un drama.

Buscaria naturalmente para tejer su obra un hilo y se encontró un cordel.

A esta cuerda ató primero una campana, despues sujetó á ella con un lazo vigoroso y sencillo, la vida del nieto de Jaime el conquistador, y en el mismo lazo sujeta en seguida la vida de la hija de Centellas, gobernador de Mallorca, por medio de una sublevacion del pueblo.

Este es el nudo: en él están perfectamente cogidos el corazon de una madre y el corazon de un padre: el efecto es completo.

El nudo se va apretando cada vez mas, y el príncipe y la hija del gobernador van á perecer sin remedio: el mismo Centellas es el que al fin va á tirar de aquella cuerda terrible. Para cortar la sublevacion tiene que cortar la cabeza del príncipe y la de su hija.

Sus manos están asidas al cordel en presencia de la madre del príncipe helada de espanto. No hay mas que tirar de la cuerda, y todo ha concluido.

¿Cómo se desenlaza esto rápidamente y sin ninguna víctima?

Me atrevo á dar un año para que lo piense cualquiera sin acertarlo.

¿Cómo se puede tirar de esa cuerda y que no suene esa campana?

El recurso os va á hacer reir, pero ved la representacion y el efecto os conmoverá.

Los nudos de esta accion dramática están en un cordel, el desenlace tiene que estar en el cordel mismo.

Si en el momento de tirar Centellas de la cuerda teneis la feliz ocurrencia de desatarla de la campana, la cuerda caerá por su propio peso y la campana permanecerá muda.

Esto es lo que sucede.

Pero ¿quién desata la cuerda?

El *mismo que hubiera hecho sonar la campana* si la insurreccion que triunfaba hubiera sido vencida: un traidor.

La *Campana de la Almudaina* es un drama de cuatro grandes efectos sostenidos por un mismo recurso.

Yo creo que se puede leer esa obra muchas veces sin adivinar lo que es.

Nada de extraordinario hay en los caractéres, nada sobresaliente en los diálogos.

Su verdadero mérito, su derecho incontestable á la estimacion y al aplauso público, están en la magnitud de sus efectos y en la sencillez de los recursos.

El Sr. Palou entra en la literatura por el gran pórtico. Por él han entrado García Gutierrez, Florentino Sanz y Adelardo Ayala.

La *Campana de la Almudaina*, leida, no se puede comparar con *El Hombre de Estado*, ni con *El Trovador*, ni con *Don Francisco de Quevedo*; pero puesta en escena, colocada entre los bastidores, ha revelado la existencia de un autor dramático que puede hacer el número cuatro de los tres que he mencionado.

La campana, cuyo sonido hubiera muerto en el acto de Centellas y el nieto de Don Jaime, ha resucitado á la empresa del Circo que agonizaba; ha despertado el drama histórico que dormia tranquilamente, y ha conmovido al público que parecia insensible á las emociones del drama, desde que la zarzuela lo tiene embriagado de risa.

Si Mendizabal fuera en estos momentos ministro de Hacienda, *La Campana de la Almudaina* deberia ser á estas horas un recurso del Estado.

Hartzenbusch la refundiria, Mendizabal la hubiera fundido.

El autor de este drama habrá oido decir que el público se escapa y lo ha sujetado.

Lo llama á son de campana y lo ata con una cuerda.

Allí lo tiene suspendido con un cordel: codo con codo en las butacas, codo con codo en los palcos, codo con codo en las galerías; solo le deja libre las manos para que aplauda.

Mientras que por todas partes se proclama la libertad del ciudadano y se rompen las cadenas de la esclavitud, un jóven desconocido llega y ata á todo un pueblo libre al cordel de una campana. Esta es la campana que hace muchos dias resuena en los oidos del público.

Ignoro lo que la Academia española pensará de este drama digno del éxito que ha merecido.

Es posible que la integridad académica tropiece en algun adjetivo mal colocado, en algun giro algo dudoso, en algun régimen poco castellano ó en alguna asonancia poco escrupulosa.

¡Qué horror! dirá la Academia.

Y en efecto, es una lástima que el Sr. Palou se haya atrevido á tener mucho talento antes de saberse de memoria el diccionario de la lengua.

A pesar de esto, tengo el honor de presentar á ustedes un poeta dramático que se llama Palou y un drama de mucho mérito que se titula *La Campana de la Almudaina.*

JOSÉ SELGAS.

CHARADA.

Una ciudad de la Italia
en primera y quinta miro,
pátria de santos, y pátria
de un poeta conocido.
Es mi tercera, bebida;
mas si á la quinta la ligo,
en cien actos académicos
la habrás de encontrar de fijo
entre argumentos envuelta,
cuajada de silogismos.
Tercia con prima dá luz,
segunda es nombre de un rio;
primera tercera y cuarta
se aplican como adjetivo
al hombre sin fe y sin ley,
bruto esclavo de su instinto;
y cuarta, primera y quinta
ansia el árabe perdido
en sus desiertos, cual ansia
el náufrago un suelo amigo.
Es el todo ceremonia
usada en tiempos antiguos,
con la que Roma á sus príncipes
honores daba divinos.

RECTIFICACION.

En el problema n.º 14, inserto en el n.º 13 de este periódico, hay que hacer las siguientes:

1.ª Rey blanco en 4.ª Caballo Reina.
2.ª Otro Peon negro en 6.ª A. R.ª
3.ª Otro Peon blanco en 2.ª A. R.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España